

## **Martín de Ugalde. "Cuando los peces mueren de sed"**

[Egile ezezaguna]

SIC, 277. zk., 1965-07/08: 298.

El autor no es venezolano, pero los libros sí lo son. Martín de Ugalde está enamorado de nueva patria y eso lo explica todo. Los frutos de ese amor son venezolanos de nacimiento, no necesitan ser nacionalizados. Su enamoramiento es de la mejor ley, sin alaharacas ruidosas, sin angustiosas crisis, igual, equilibrado, para siempre. Y ese tal amor produce una figura de Venezuela que destaca por su objetividad, no sólo en sus reportajes, también en sus cuentos. No intenta ignorar los defectos, pero prefiere reconocer las virtudes y, sobre todo, las posibilidades venezolanas, casi infinitas. Ama el pasado, pero más el futuro. No es un romántico perdido ni tampoco un planificador de duras entrañas. Es un hombre. Ampliamente dotado para percibir y escribir mensajes de interés humano, le interesan los árboles porque producen satisfacción estética... y porque nuestra vida comienza en los bosques. Deplora la muerte del pericoco de Clarines a la vez que admite que nuevas formas sociales pueden suplir las ya pasadas. Y cuando nos mete una lección de sociología lo hace porque le duele que Manuel no sepa leer y... ¡hay tantos Manuel! Disfruta con la audacia provinciana de "Jornada". Habla con ternura de la industria casera del anime...

Sus cuentos tienen algo de neorrealismo. Prefiere mirar a los pobres, pues son muchas las páginas de los periódicos dedicadas a la vida de la "alta sociedad". Está empeñado en que conozcamos a Juan Bimba, a esa gran parte de los venezolanos que camina por el mundo en situación precaria. Con un nombre, pero sin apellido que lo vincule a una familia, a un hogar. Sin más que el propio esfuerzo y muchas veces frente a la hostilidad y la incomprensión circundante. Quizás los cuentos pequen de lentitud, no proceden ciertamente a velocidades de ritmo trepidante. Hay que leerlos con morosidad para gustarlos íntegramente, sin prisas, con la lentitud de las gentes retratadas, un poco fatalista, pero con la puerta de la esperanza abierta –al menos, entornada– a la acción de hombre que sí puede interferir el destino y lograr que no muera la niña María (la hija de Jacobo Santiago). Con ser folklore de punta a punta, no cae en el pintoresquismo de los souvenir, de las tarjetas con motivos typical. Le basta ser fiel para ser folklórico. Y su fidelidad produce el cuento de Toribio lento, con incisos y más incisos, para transmitirnos un simple chisme pueblerino.